

palabras son como las del cambista a quien uno se dirige para un préstamo. Simplemente, «SÍ, SÍ», o «NO, NO».

»En la carrera loca tras las riquezas en este país, los más nobles instintos del hombre están achatados; todos los impulsos generosos, sofocados. Los hombres son meras máquinas, trabajan ciegamente, sin ningún fin racional.

»Hay una vasta clase media que no está contenta con unos pocos cientos de miles de dólares. La emulación la hace luchar por más y más, aunque pocos puedan gastar racionalmente la renta de medio millón de dólares. Una suma mucho más pequeña bastaría para todos los placeres sanos de cualquier hombre o mujer bien equilibrados.

»Pero en el cielo hay ciertos buenos signos. Mayor número de hombres y mujeres ricos comienzan a dedicar sus fortunas a propósitos nobles, a adquirir actividades vocacionales de carácter, lo cual significa mejoramiento del mundo».

8

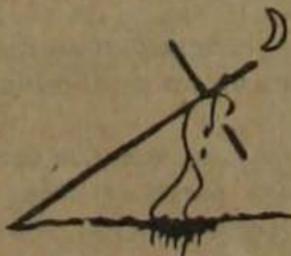
Es el hombre de negocios norteamericano de discernimiento, de visión y de ideales el que piensa de acuerdo con el último párrafo de ese editorial. Comienza a tener conocimiento de la verdad de que la Industria, aunque de importancia vital, es solamente un factor en los negocios de la humanidad, y no el Alfa y Omega de la existencia; que la moneda del reino es potencial más bien que todopoderosa; que los pueblos son proporcionalmente grandes no en números, sino en lo que son y representan por las cosas que cuentan, y éstas no son solamente de la carne. Está entrando en la conciencia del hombre que el espíritu se reputa en mucho en el destino de un pueblo; que «la felicidad eterna en posesión no dura»; que ya no es un sello de honor ser «la encarnación de gruesos dividendos», y que las cosas fundamentales que realmente importan están fuera de la jurisdicción de la casa del banquero. Vemos indicaciones crecientes de esto en el tipo elevado de hombre de negocios que comienza a buscar fuera del mercado y de la bolsa las satisfacciones que provienen sólo del yo interno; la concepción de que no es el dinero, sino «los pensamientos los que gobiernan el mundo».

Es un grave error, muy generalizado, del hombre de negocios norteamericano que no conozca otra cosa que el dólar: que sus intereses comiencen y terminen con el día en el escritorio de la oficina; que cuando cesa de traficar y comerciar, su mente se cierra hasta el día siguiente. Únicamente necesitamos ver lo que el hombre de negocios ha hecho por el estímulo de las artes en los Estados Unidos, para ver cómo tal relación contradice su idealismo y su deseo creciente de poner algo más en el mundo que los rascacielos del negocio y los túneles bajo las calles. Son exploradores, en su mayor parte, estos nuevos hombres de negocios que se levantan. Un método excepcional pronto se convierte en un método aceptado; un lujo es apenas tenido como tal antes de que se convierta en una necesidad; así el hombre que aventura y desafía pronto se convierte en el conductor de una compañía. Nada es tan poderoso como el ejemplo, y un ejemplo para lo bueno es tan poderoso como un ejemplo para lo malo.

La senda del explorador pronto se convierte en el camino real de un pueblo.

EDWARD W. BOX

(Traducido para el Repertorio Americano de *The World's Work*. Setiembre, 1924).



## Impresiones de arte <sup>(1)</sup>

(En el MUSEO METROPOLITANO DE ARTE, de Nueva York, 1924.)

### V.—Roma

En estas otras salas, Roma recuerda su poderío y su gloria, desvanecidos bajo el peso de los siglos.

Dos cosas notables llaman desde el primer momento la atención: un carro de bronce, etrusco, del siglo sexto antes de Cristo, bastante bien conservado. Fué encontrado en Monteleone, y se dice que es el único en su clase, en tan buen estado conocido; y una representación, en bronce también, de la diosa Cibele, en su carro tirado por dos leones, tal como está en la hermosa fuente de su nombre en Madrid.

Otro bronce bello es el de una pantera, trabajo realmente notable por su naturalidad.

Abundan, los bustos, mármoles o bronce, de personajes célebres de la época: Agripa, general de Augusto; dos jóvenes, miembros de la familia de Claudio, etc. También una bella Afrodita, copia de la famosa estatua griega.

Hay numerosas colecciones de vasos, algunos de los cuales son verdaderas y delicadas obras de arte. Otra cosa que llama la atención, es unas pinturas murales, obtenidas en las cercanías de Pompeya, y que demuestran un adelanto bastante grande en este arte.

Toda la historia del imperio gigantesco que un día fuera señor del mundo se evoca aquí ante estos despojos, si bien ricos para el arqueólogo y el artista, bien poca cosa al pensar en la soberbia de quienes pretendieron sujetar el orbe entero con su espada. Y el contraste se nos presenta crudo y fuerte: oh, suave yugo de la Grecia joven, que ata las mentes con el hilo sutil de la idea, tú vives más en los corazones de los que sueñan que esta Roma sanguinaria y feroz... Oh, cuánta distancia del casco romano, que protege la cabeza de quien sólo ama la fuerza, al casco glorioso de Atenea, *la de los ojos claros*...!

Cerca de estas salas clásicas, se encuentra la notable biblioteca del Museo, que contiene cerca de cuarenta y cinco mil volúmenes y unas sesenta mil fotografías, y para uso libre del público. Puede imaginarse el lector si hay material para escribir sobre una visita a este templo del arte, con solo recordar estos detalles, así como el de las publicaciones y conferencias con que el Museo contribuye al mejor conocimiento, en todos los aspectos, de los tesoros que posee.

Al salir de esta sección greco-romana, nos llama la atención ver que, mientras las Ninfas y Apolos sólo son copias en yeso, hay un original en bronce, muy valioso, de un emperador romano, y cuya estatua, fijaos bien, hace juego con una de Washington que en el *hall* central hay.

Hubiéramos preferido los emperadores de yeso, y al divino Apolo en bronce, pero en fin, este es un detalle cualquiera.

### VI.—La armería

Ved ahora la armería... Pasamos de un salto, de la edad clásica a la heroica. En vez de centauros, los corceles airosos; en vez de ninfas, las damiselas hermosas de los caballeros andantes. Los dioses se han ido, y sólo queda de su paso el vago espíritu de la lucha, que hará al hidalgo abandonar su dominio, rumbo a Tierra Santa, o

(1) Véase la entrega anterior.